

www.elboomeran.com

Patrick Modiano

Tan buenos chicos

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Título de la edición original:

De si braves garçons
© Éditions Gallimard
París, 1982

Ilustración: foto © BLOMM image / GETTY

Primera edición: abril 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7922-3

Depósito Legal: B. 5605-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

I

La cuesta poco empinada de un ancho paseo de grava subía hasta el Castillo. Pero, la primera vez, no tardaba en extrañarle a uno, a la derecha, delante del pabellón de la enfermería, aquel mástil blanco en cuya punta flotaba una bandera francesa. En ese mástil, todas las mañanas uno de nosotros izaba los colores nacionales después de que el señor Jeanschmidt diera la orden:

—¡Secciones, firmes!

La bandera subía despacio. El señor Jeanschmidt también se había puesto en posición de firmes. Su voz grave quebraba el silencio.

—Descansen... Media vuelta a la izquierda... ¡Marchen!

Marcando el paso, íbamos por el paseo ancho hasta el Castillo.

Creo que el señor Jeanschmidt quería acostumbrarnos, a nosotros, que éramos hijos del azar y de ninguna parte, a los beneficios de la disciplina y a lo reconfor-

tante de una patria. El once de noviembre participábamos en las ceremonias del pueblo. Nos concentrábamos, en fila, en la explanada del Castillo, vestidos todos con blazer azul marino y corbata de punto del mismo color. «Pedro» Jeanschmidt –apodábamos a nuestro director Pedro– daba la señal de salida. Bajábamos por el paseo marcando el paso, con Pedro abriendo la marcha y, tras él, los alumnos, por orden de estatura, de mayor a menor. Al frente de cada clase, los tres más altos: uno llevaba un ramo de flores; otro, la bandera francesa, y el tercero la bandera de nuestro internado, azul noche con un triángulo de oro. Así fue como la mayoría de mis compañeros desempeñaron el cometido de abanderado: Etchevarietta, Charell, Mc Fowles, Desoto, Newman, Karvé, Moncef el Okbi, Corcuera, Archibald, Firouz, Monterey, Cœmtzopoulos, que era medio griego y medio etíope... Salíamos por el portón y luego cruzábamos el viejo puente de piedra sobre el Bièvre. Delante del ayuntamiento, que había sido tiempo atrás la vivienda del tintorero Oberkampf, su estatua de bronce, que se había puesto verde, se erguía en un pedestal de mármol y nos miraba desfilando con sus órbitas vacías. Luego, el paso a nivel. Cuando estaba cerrado y el timbre anunciaba un tren, nos quedábamos quietos, en posición de firmes. La barrera se alzaba, chirriando, y Pedro hacía un gesto brusco con el brazo, como un guía de montaña. Reanudábamos la marcha. Por toda la calle principal del pueblo, unos niños, en la acera, nos aplaudían como si fuéramos soldados de una legión extranjera. Íbamos al encuentro de los antiguos combatientes, apiñados en la plaza de la iglesia.

Pedro, con una orden seca, volvía a ponernos en posición de firmes. Y los alumnos que llevaban ramos iban a dejarlos al pie del monumento a los caídos.

El internado de Valvert se hallaba en la antigua propiedad de un tal Valvert, que fue amigo del conde de Artois y lo acompañó en la Emigración. Más adelante, oficial del ejército ruso, murió en la batalla de Austerlitz luchando contra sus compatriotas con el uniforme del regimiento Izmailovsky. De él sólo quedaba el nombre y, al fondo del parque, una columna de mármol rosa medio caída...

A mis compañeros y a mí nos educaron bajo el melancólico patronazgo de ese hombre y es posible que algunos, sin saberlo siquiera, estén aún marcados por ello.

La casa de Pedro se hallaba al principio del paseo, algo apartada, del lado opuesto al mástil y a la enfermería. Esa choza, de colores brillantes, nos recordaba la casa de Blancanieves y los Siete Enanitos. Un parterre a la inglesa, impecablemente cuidado por Pedro en persona, la rodeaba.

Sólo me recibió una vez en su casa, la noche en que me escapé. Había pasado muchas horas vagando por el barrio de Les Champs-Élysées, buscando lo que fuera, antes de decidirme a volver al internado. El profesor auxiliar que vigilaba el estudio me dijo que Pedro me estaba esperando.

Los muebles encerados relucientes, las baldosas, la

loza y las ventanas de cristalitos cuadrados de colores eran los de un interior holandés. La habitación la iluminaba una única lámpara. Pedro estaba sentado detrás de un escritorio de anticuario de madera oscura. Se estaba fumando una pipa.

—¿Por qué se ha escapado esta tarde? ¿Se siente desgraciado aquí?

La pregunta me había sorprendido.

—No... No es que me sienta realmente desgraciado.

—Voy a hacer borrón y cuenta nueva. Pero está castigado sin salida.

Nos quedamos ambos cara a cara unos minutos, en silencio. Pedro soltaba pensativamente el humo de la pipa. Me acompañó hasta la puerta.

—No lo vuelva a hacer.

Clavó en mí una mirada triste y afectuosa.

—Si tiene ganas de hablar, venga a verme. No quiero que se sienta desgraciado.

Recorrí el paseo, en dirección al Castillo, y miré atrás. Pedro estaba, inmóvil, en el porche de su choza. En general, en toda su persona se palpaba la fuerza: en el granito del rostro de montañés, en la silueta rechoncha, en la pipa, en el acento valdense. Pero esa noche, por primera vez, me pareció preocupado. ¿Por mi escapada? A lo mejor pensaba en el porvenir que nos esperaba cuando nos hubiéramos ido del reino de Valvert, del cual era regente —reino amenazado en este mundo cada vez más duro e incomprensible—, y él, Pedro, ya no pudiera hacer nada por nosotros.

El paseo principal cruzaba por el gran prado de césped donde pasábamos los recreos de media tarde y de última hora, y donde se celebraban los encuentros de hockey sobre hierba. Al fondo del prado, por la zona de la tapia, se alzaba un búnker del tamaño de un edificio, un vestigio de la guerra, de los tiempos en que el internado sirvió de estado mayor a la Luftwaffe. Por detrás, un camino iba siguiendo la tapia y conducía a la casa de Pedro y al portón. Algo más abajo del búnker habían convertido un invernadero de naranjos en gimnasio.

Con frecuencia, en mis sueños, voy por el paseo principal hasta el Castillo y dejo a la derecha un barracón de color pardo: el vestuario donde nos poníamos la ropa de deporte. Por fin, llego a la explanada sembrada de grava, ante el Castillo, un edificio blanco de dos pisos con una escalinata con balaustrada. Lo construyeron a finales del siglo XIX según el modelo del palacio de La Malmaison. Subo la escalinata, empujo la puerta, que se vuelve a cerrar sola tras entrar yo, y estoy en el vestíbulo de baldosas negras y blancas que da paso a los dos refectorios.

Desde el ala izquierda del Castillo, que llamábamos «el Ala Nueva» –Pedro la mandó construir a principios de la década de 1950–, bajaba un camino hasta el patio de la Confederación, nombre que le había dado nuestro director en homenaje a Suiza, su país natal. En mis sueños no voy nunca por ese camino, sino por el laberinto, que nos tenían prohibido y que sólo podían utilizar Pedro y los profesores. Un pasillo estrecho de vegetación, rotondas y cenadores, bancos de piedra,

aroma a aligustre. También el laberinto iba a dar al patio de la Confederación.

Lo rodeaban, igual que la plaza de un pueblo, casas variopintas que albergaban las aulas, los dormitorios colectivos o las habitaciones que compartíamos cinco o seis. Todas esas casas tenían un nombre: el Retiro, con aspecto de casa nobiliaria de Turena; la Hermosa Jardinera, villa normanda con entramado de madera; el Pabellón Verde; la Morada; el Manantial y su minarete; el Estudio; la Torrentera, y el Chalet, que habría podido tomarse por uno de esos hoteles antiguos alpinos de Saint-Gervais que un millonario excéntrico hubiera mandado transportar, pieza a pieza, aquí, a Seine-et-Oise. Al fondo del patio, unas antiguas cuadras rematadas por un pináculo estaban acondicionadas como local para cine y teatro.

Nos reuníamos en el patio a eso de las doce de la mañana, antes de subir en fila al Castillo para almorzar, o cada vez que Pedro quería anunciarnos algo importante. Decían: «Concentración a tal hora en la Confederación», y esas palabras sibilinas sólo podíamos entenderlas nosotros.

Viví en todas las casas de ese patio y mi edificio preferido era el Pabellón Verde. Debía ese nombre a la hiedra que se comía la fachada. Bajo la veranda del Pabellón Verde buscábamos refugio los días de lluvia, durante el recreo. Por una escalera exterior con barandilla de madera se llegaba a los pisos. En el primero estaba la biblioteca. Compartí mucho tiempo una de las habitaciones del segundo con Charell, Mc Fowles, Newman y el futuro actor Edmond Claude.

Las noches de primavera, en el Pabellón Verde, nos sentábamos a fumar delante de una ventana abierta de par en par. Había que esperar hasta muy tarde a que el internado estuviera dormido. Podíamos elegir entre dos ventanas: una daba al patio de la Confederación, por donde a veces Pedro hacía una ronda, en bata escocesa y con la pipa en la boca; y desde la otra, más pequeña, casi del tamaño de un tragaluz, se dominaba una carretera campestre que el curso del Bièvre iba siguiendo.

Edmond Claude y Newman querían hacerse con una cuerda y por ella nos deslizaríamos hasta abajo de la pared. Mc Fowles y Charell habían decidido que cogeríamos ese tren cuyo silbido oíamos todas las noches a la misma hora.

Pero ¿adónde iba ese tren?